

Capítulo 1: ¿Por qué un Ministerio de Oración?

En el principio, Dios mantenía una comunión abierta con el hombre. En la hermosa, serena y sin pecado atmósfera del Jardín del Edén, se reunía frecuentemente con Adán y Eva—las obras maestras de Su nueva creación. ¡Qué gozo debe haber experimentado esa primera pareja cuando Dios se reunía con ellos cara a cara en el fresco del día! Cuando consideramos el disfrute que un padre amoroso puede tener al tener comunión con sus preciosos hijos incluso hoy, solo podemos imaginar cuánto más disfrute debieron haber tenido el Padre celestial y Sus primeros hijos en ese mundo perfecto.

Pero entonces el pecado entró en el mundo y erigió una gran barrera entre los humanos y su Creador. El hombre y la mujer ya no pudieron disfrutar de esa bendita y abierta comunión con su Padre celestial. Dios es un fuego consumidor para el pecado (Deuteronomio 4:24; Hebreos 12:29). Así que después de que los humanos pecaron, ya no pudieron ver el rostro de Dios y vivir. Para nuestra protección, Dios nos mantiene a una distancia segura, no sea que seamos incinerados (Éxodo 19:20-24).

Sin embargo, Dios anhela la comunión y la interacción con Sus hijos. No puede esperar hasta el segundo advenimiento de Jesús para reunirse con nosotros y hablar con nosotros, así que ha provisto el medio de la oración. A través de la oración podemos hablar con Dios como hablamos con un amigo. Podemos conversar con Él sobre cualquier cosa y todo. Ningún tema está prohibido. Nuestro amoroso Padre celestial se deleita en escuchar de nosotros. La oración es el medio por el cual llevamos nuestras alegrías y tristezas, nuestros éxitos y fracasos, nuestras esperanzas y temores a nuestro Padre celestial, quien quiere que acudamos a Él con confianza. «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Hebreos 4:16).

En el Salmo 50:15, Dios declara: «Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me glorificarás». David dice en el Salmo 86:7: «En el día de mi angustia te invocaré, porque tú me responderás». Si alguna vez hubo un tiempo para orar, es ahora. Calamidades globales, crisis económicas globales, epidemias globales y males sociales globales—todo se ha vuelto común en nuestra era. Tantas cosas—personales, nacionales y globales—hacen de la oración una necesidad. No podemos soportar estas cargas por nosotros mismos. No todas nuestras oraciones han sido contestadas como deseábamos, pero muchas lo han sido, y confiamos en que Dios contestará las otras a Su manera y en Su tiempo. Esa esperanza nos mantiene orando.

A veces, al recoger las rosas, hemos sido pinchados por las espinas, pero aún así amamos seguir recogiendo y oliendo las rosas. A veces hemos salido a pasear en un día soleado y nos ha sorprendido un aguacero, pero aún así disfrutamos otro paseo en otro día. Orar puede no darnos siempre todo lo que queremos, pero siempre nos dará todo lo que necesitamos (Filipenses 4:19). Hemos descubierto que las peticiones negadas han sido a menudo entre nuestras mejores bendiciones. Hemos aprendido que el propósito real de la oración no es traer a Dios en armonía con nuestros planes sino traernos a nosotros en armonía con los Suyos. Es más importante estar del lado de Dios que lograr que Dios venga a nuestro lado.

El rey Acab aprendió esto por las malas (1 Reyes 22). En su determinación de lograr que Josafat se uniera a él en la batalla contra Ramot de Galaad, aseguró cuatrocientos profetas mentirosos para que apoyaran lo que él quería. Porque no quería escuchar la verdad, Acab encarceló al único profeta verdadero, Micaías. El rey Acab pagó caro por esto. Su ejército fue derrotado, y él mismo murió en la batalla. Necesitamos confiar en que Dios siempre hará lo que es mejor para nosotros. Él nunca nos fallará.

La oración no es un monólogo vacío. No estamos hablando con nosotros mismos ni al cielo; estamos conversando con una Persona real. Pero más que eso, estamos conversando con la Persona más importante y majestuosa del universo (Salmo 95:3; 135:5; 86:8; Deuteronomio 10:17).

Estos son los días de los servicios automatizados de respuesta. Marcamos un número de teléfono y comenzamos a hablar mientras una voz responde al otro extremo de la línea. Después de unos momentos, nos damos cuenta de que estamos hablando con una máquina. A veces nos reímos; en otras ocasiones nos enojamos. A veces esperamos interminablemente y sin resultado a que una persona real llegue a la línea para atendernos. Dios, sin embargo, está siempre en la línea del cielo. Nunca está ocupada, y no hay llamada en espera. De hecho, Él está junto al receptor del cielo: «Antes que clamen, yo responderé; mientras aún estén hablando, yo habré oído» (Isaías 65:24). «Cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras. Cumplirá el deseo de los que le temen; oirá asimismo el clamor de ellos, y los salvará» (Salmo 145:18, 19).

Oramos porque nuestro amoroso Padre celestial se deleita en conversar con nosotros (Jeremías 29:12; 33:3). Si tenemos tiempo y voz para hablar, Él está siempre listo para escuchar (Salmo 34:15; 1 Pedro 3:12). Anhela tener una relación de Padre-hijo con nosotros. Jesús nos enseñó a llamar a Dios «Padre nuestro» (Mateo 6:9, 32; 5:16, 45).

Oramos porque Dios tiene ricas bendiciones que otorgarnos (Salmo 81:10; Efesios 1:3; Deuteronomio 28:2). Oramos porque es nuestra conexión vital con Dios, la Fuente de toda vida. En Él, nuestras fuerzas son renovadas (Juan 6:35, 48; 10:10). Oramos porque es nuestra armadura contra las fuerzas de las tinieblas (Lucas 22:31, 32; Mateo 26:53). Oramos porque es un privilegio sin igual. «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Hebreos 4:16). Para el hombre de oración, las puertas del cielo están abiertas de par en par, y puede entrar directamente a la sala del trono del Monarca del universo y sentarse en comunión con el Rey de reyes y llamarlo «Padre».